

Introducción a la semana

Lun
26
Mar
2018

Evangelio del día

[Semana Santa](#)

“Y la casa se llenó de la fragancia del perfume”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 42, 1-7

Mirad a mi siervo,
a quien sostengo;
mi elegido,
en quien me complazco.

He puesto mi espíritu sobre él,
manifestará la justicia a las naciones.

No gritará, no clamará,
no voceará por las calles.

La caña cascada no la quebrará,
la mecha vacilante no la apagará.

Manifestará la justicia con verdad.

No vacilará ni se quebrará,
hasta implantar la justicia en el país.

En su ley esperan las islas.

Esto dice el Señor, Dios,
que crea y despliega los cielos,
consolidó la tierra con su vegetación,
da el respiro al pueblo que la habita
y el aliento a quienes caminan por ella:
«Yo, el Señor,
te he llamado en mi justicia,
te cogí de la mano, te formé
e hice de ti alianza de un pueblo
y luz de las naciones,
para que abras los ojos de los ciegos,
saques a los cautivos de la cárcel,
de la prisión a los que habitan en tinieblas».

Salmo de hoy

Salmo 26, 1. 2. 3. 13-14 R/. El Señor es mi luz y mi salvación

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? R/.

Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen. R/.

Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo. R/.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa.

María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungíó a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice:
«¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?».

Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando.

Jesús dijo:
«Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis».

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos.

Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Reflexión del Evangelio de hoy

Un siervo al que mirar

Las lecturas de este lunes parecen invitarnos a abrir los sentidos, para vivir con intensidad esta Semana Santa. Y el primer sentido que se reclama es el de la vista: "Mirad a mi siervo, a quien sostengo". Iniciamos los días de esta semana con el eco de ese siervo pacífico y justo, fiel y firme, por frágil o quebradizo que pueda parecer. Y la figura de ese siervo se extiende a todos en una llamada a implantar la justicia y dar luz a las situaciones más tenebrosas, injustas o equivocadas. "Te he hecho...luz de las naciones. Para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan las tinieblas".

La redención, la luz, la liberación, la realidad concreta de esa Buena Noticia que es Jesús, el sentido hoy del misterio pascual, pasa por la entrega de cada uno de nosotros. No vacilar ni quebrarse en la misión encomendada, que no es otra que la de amar sinceramente, con todas las consecuencias. Porque el mismo Dios nos ha formado y nos lleva de la mano. Dios no es un dios a mi medida, es un Dios que rompe todas las categorías humanas de éxito, poder o justicia. Cuando contemplamos al Jesús siervo, entregado, se abre paso la paradoja más honda del hombre y de Dios. Y se abre ese resquicio en nuestro ser que nos permite ir vislumbrando un poquito más de esa luz que cura nuestras cegueras y nos libera de tantas cautividades que nos encierran en nosotros mismos.

Y la fragancia de un perfume

El Evangelio de Juan nos sumerge en una escena cargada de símbolos y personajes. Estamos en la casa de Betania, entre amigos, en una cena, que preludia la cena pascual. Marta sirve hoy, el jueves Jesús mismo se sirve a todos; Lázaro, el hombre rescatado de la muerte, comparte la mesa, esa a la que están invitados todos los que se abren a una vida nueva; María unge los pies a Jesús, y el jueves Jesús mismo lavará los de sus discípulos enseñando por dónde va el camino del Reino, por el servicio.

Pero es el sentido del olfato el que nos despierta este texto: la fragancia del perfume con el que María unge los pies de Jesús llena toda la estancia. Con un poco de imaginación podemos oler ese momento. Y respirar profundo para aspirar y dejarnos impregnar por dentro de esa fragancia. El gesto de María va más allá: "Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura". María unge a Jesús con un perfume extremadamente valioso, y lo hace con la generosidad y la unción de quien conoce la importancia y trascendencia del gesto. Sólo quien ama comprende el alcance del amor. La intuición de aquella mujer que había escuchado y abierto su corazón al Maestro es capaz de expresar en un hermoso gesto la comprensión de la magnitud de la entrega que haría por todos Jesús.

Y ahí están los que se ponen en evidencia: Judas, traidor y ladrón; y los sumos sacerdotes, amenazados en su poder y prestigio. El corazón duro no resiste la fragancia del bien, critica y enjuicia la generosidad y la luz. No nos es tan ajeno como quisiéramos, no está mal aspirar un poco de evangelio de vez en cuando y ver qué reacción nos despierta, cuántos "sí, eso está muy bien, pero...", "¿no sería mejor...?", "yo no tengo vocación de mártir...", "qué desperdicio de tiempo, de recursos, de talento..."

El amor y la entrega que testimonia Jesús son tan desmesurados que nos aterrancan, pero ahí está su propuesta, cada día, cada momento. Podemos derramar el perfume y ungir con amor, o guardarnos egoísta y estérilmente, cerrando la puerta a la vida y la luz.



Hna. Águeda Mariño Rico O.P.
Congregación de Santo Domingo

Mar
27
Mar
2018

Evangelio del día

Semana Santa

“Uno de vosotros me va a entregar”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 49, 1-6

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos:

El Señor me llamó desde el vientre materno,
de las entrañas de mi madre, y pronunció mi nombre.

Hizo de mi boca una espada afilada,
me escondió en la sombra de su mano;
me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba
y me dijo: «Tú eres mi siervo, Israel,
por medio de ti me glorificaré».

Y yo pensaba: «En vano me he cansado,
en viento y en nada he gastado mis fuerzas».

En realidad el Señor defendía mi causa,
mi recompensa la custodiaba Dios.

Y ahora dice el Señor,
el que me formó desde el vientre como siervo suyo,
para que le devolviese a Jacob,
para que le reuniera a Israel;
he sido glorificado a los ojos de Dios.

Y mi Dios era mi fuerza:
«Es poco que seas mi siervo
para restablecer las tribus de Jacob
y traer de vuelta a los supervivientes de Israel.

Te hago luz de las naciones,
para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Salmo de hoy

Salmo 70. 1-2. 3-4a. 5-6ab. 15ab y 17 R/. Mi boca contará tu salvación, Señor

A ti, Señor, me acojo:
no quede yo derrotado para siempre;
tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo,
inclina a mí tu oído, y sálvame. R/.

Sé tú mi roca de refugio,
el alcázar donde me salve,
porque mi peña y mi alcázar eres tú.
Dios mío, líbrame de la mano perversa. R/.

Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
En el vientre materno ya me apoyaba en ti,
en el seno tú me sostenías. R/.

Mi boca contará tu justicia,
y todo el día tu salvación.
Dios mío, me instruiste desde mi juventud,
y hasta hoy relato tus maravillas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 21-33. 36-38

En aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo:
«En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar».

Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía.

Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía.

Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó:
«Señor, ¿quién es?».

Le contestó Jesús:
«Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado».

Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo:
«Lo que vas a hacer, hazlo pronto».

Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres.

Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús:
«Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros:
"Donde yo voy no podéis venir vosotros"».

Simón Pedro le dijo:
«Señor, ¿adónde vas?».

Jesús le respondió:
«Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde».

Pedro replicó:
«Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti».

Jesús le contestó:
«¿Conque darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Te hago luz de las naciones”

El profeta Isaías nos presenta al siervo del Señor como el elegido desde el vientre materno, es decir, desde los orígenes de Israel. “El Señor pronunció mi nombre” configura la identidad del Siervo de Yahvé.

Mientras que el pueblo se dedicaba a los ídolos, el siervo en vano se ha cansado y en viento y en nada ha gastado sus fuerzas. Y es lo que pasa cuando el pueblo renuncia a sus orígenes, a sus raíces, por la novedad de otros ídolos extranjeros, desconocidos, se renuncia a la propia identidad. Se cansan quienes no siguen al Señor, por el contrario, siguen a los magos y encantadores.

Te hago luz de las naciones para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra. Este reconocimiento del Siervo de Yahvé es la encomienda de una misión, la de colaborar para que Israel retorne al Señor.

Entre la traición y la negación

En un ambiente jovial, en la cena pascual, Jesús se turbó en su espíritu y dijo: uno de vosotros me va a entregar. La perplejidad de los más cercanos fue mayúscula. Ocurrió lo propio, buscaban identificar quién haría semejante traición. Nadie se atreve a preguntar, buscan un mediador, el discípulo amado, que desde la cercanía y la confianza le pregunta ¿Quién es?

Lo que vas hacer hazlo pronto, no des vueltas a tu traición, fueron las palabras de Jesús a Judas. Es una manera de animar a que cumpla su misión, aunque sea desde la oscuridad. También en la traición uno cumple una misión. La misión del despojo, uno se despoja de sus raíces, de su ser más humano, de su sentido de pertenencia.

Por otra parte, a veces nos sentimos muy seguros de nosotros mismos, y creemos que, en el amor, y el seguimiento somos capaces de todo, hasta de dar la vida, pero luego vienen las realidades, los momentos difíciles que nos turban el alma, y negamos todo cuanto hemos dicho y hecho, tal y como le pasó a Pedro. Todo cuanto aconteció desde el miedo lo llenó de cobardía. No importó dejar solo al maestro.

En esta Semana Santa podemos mirar qué ídolos hacen que yo abandone mis orígenes y mi identidad, y qué miedos me sitúan entre la traición a mis principios y a mi gente, y la negación de todo cuanto me es familiar.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Mié
28
Mar
2018

Evangelio del día

[Semana Santa](#)

“¡Espero compasión, y no la hay!”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 50, 4-9a

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo;
para saber decir al abatido una palabra de aliento.

Cada mañana me espabila el oído,
para que escuche como los discípulos.

El Señor Dios me abrió el oído;
yo no resistí ni me eché atrás.

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban,
las mejillas a los que mesaban mi barba;
no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos.

El Señor Dios me ayuda,
por eso no sentía los ultrajes;
por eso endurecí el rostro como pedernal,
sabiendo que no quedaría defraudado.

Mi defensor está cerca,
¿quién pleitará contra mí?

Comparezcamos juntos,
¿quién me acusará?

Que se acerque.

Mirad, el Señor Dios me ayuda,
¿quién me condenará?

Salmo de hoy

Salmo 68, 8-10. 21-22. 31 y 33-34 R/. Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor

Por ti he aguantado afrontas,
la vergüenza cubrió mi rostro.
Soy un extraño para mis hermanos,
un extranjero para los hijos de mi madre.
Porque me devora el celo de tu templo,
y las afrontas con que te afrontan caen sobre mi. R/.

La afronta me destroza el corazón, y desfallezco.
Espero compasión, y no la hay;
consoladores, y no los encuentro.
En mi comida me echaron hiel,
para mi sed me dieron vinagre. R/.

Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias.
Miradlo, los humildes, y alegraos;
buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.
Que el Señor escucha a sus pobres,
no desprecia a sus cautivos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 26, 14-25

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso:
«¿Qué estás dispuesto a darme si os lo entrego?».

Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

El primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:
«¿Dónde quieras que te preparemos la cena de Pascua?».

Él contestó:
«Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis, y decidle:
"El Maestro dice: mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos"».

Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua.

Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo:
«En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar».

Ellos, muy entristecidos, se pusieron a preguntarle uno tras otro:
«¿Soy yo acaso, Señor?».

Él respondió:
«El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero, ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!».

Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar:
«¿Soy yo acaso, Maestro?».

Él respondió:
«Tú lo has dicho».

Reflexión del Evangelio de hoy

"El Señor abrió mi oído y yo no me resistí"

Estamos ante uno de los más bellos pasajes del libro de Isaías. El siervo siempre dispuesto a seguir las enseñanzas para poder ayudar a quien necesite una palabra de aliento, aunque el resultado sea someterse a sufrimientos al final de los cuales llega la ayuda del Señor.

Dios siempre protege al que sigue sus mandatos y se entrega al servicio de quien lo necesite. Es una promesa que Dios nos hace y, a pesar de ella, nos cuesta ponernos al servicio de los hermanos que no tengan necesidad, porque, si la necesidad es económica, puede que huyamos, que ignoremos la necesidad y nos alejemos del hermano necesitado.

Dios nos conoce bien y manda constantes mensajes invitando a la compasión, al con-padecimiento con el hermano que, con no poca frecuencia, ignoramos o tergiversamos hasta hacer de la invitación-mandato algo irreconocible que no nos afecta. ¿Dónde queda nuestra compasión?

"¿Cuánto me dais si os lo entrego?"

Aquí tenemos a Judas, el ser más despreciado y maldecido de toda la humanidad. La maldad de Judas es universalmente reconocida, incluso por aquellos que no creen en Dios, que le siguen utilizando como término pésimo de comparación.

Las tintas negras que se han volcado sobre el personaje han sido, tal vez, excesivas y, es posible, que no hayamos sido suficientemente justos con el Apóstol traidor.

Cuando leemos la Pasión, pasamos por alto un detalle: Jesús, en el terrible momento de Getsemaní le dice "amigo, ¿con un beso me entregas?" Le llama "amigo", no le reprocha nada, seguramente porque su corazón misericordioso ya le había perdonado antes de su felonía.

Pero me surge una duda: ¿Qué hacen los demás apóstoles? Jesús acaba de anunciar que uno de ellos le va a entregar y a ninguno se le ocurre acompañar al Judas que se va sin terminar de cenar. Y ninguno de los once restantes tiene un movimiento de ayuda, de amistad con aquel hombre, atormentado seguramente, por el peso de la traición que iba a consumar.

Buscando una razón que pueda intentar entender la acción de Judas, se me ocurre pensar que estaba convencido de la identidad mesiánica de Jesús, creía en la misión salvadora y en el establecimiento del reino de Israel, dominando a todos los pueblos de la mano de Jesús.

Pero no veía el arranque de las acciones que llevaran a la cumbre los deseos de todo el pueblo judío y colmaran sus esperanzas y para ello ¿qué podría ser más eficaz que poner a Jesús en una situación de la que no pudiera escabullirse para que demostrara su poder?

Y le entrega a los sacerdotes del Templo y los juristas del Sanedrín. ¡Ahora Jesús tiene que actuar e imponer su poder!

Pero las cosas se desarrollan de una forma para él inesperada, ve que se ha equivocado y que ha enviado a Jesús a la muerte. Judas se arrepiente y trata de volver atrás de su acción, pero ya no hay solución. Su arrepentimiento choca con la intransigencia y la burla del clero y los leguleyos, decididos a quitar de en medio al predicador que trata de cambiar su poder por servicio, que va a desmontar su cómoda instalación a la sombra de una ley pretendidamente divina.

Mateo despacha a Judas con tres cortos versículos, Lucas lo olvida, Marcos lo deja en el huerto y Juan le dedica dos versículos y lo olvida. Judas el que hemos considerado el peor traidor a lo largo de veinte siglos de historia, desaparece de los relatos canónicos de la vida de Jesús y siguen dejándonos con una pregunta sin respuesta: ¿Por qué? ¿Para qué?

Treinta monedas son una excusa, no una respuesta.



D. Félix García O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Viveiro (Lugo)

Jue
29 Mar

Homilía de Jueves Santo

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

"¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?"

Introducción

Con la misa de la cena del Señor comenzamos el Triduo Pascual. Tres días en los que vamos a conmemorar, paso a paso, los últimos acontecimientos de la vida de Jesús. Hoy centramos nuestra atención en tres grandes mandatos: Eucaristía, Sacerdocio y Amor Fraterno. La Eucaristía es la mesa abierta del Señor en que se sacia el hambre de la humanidad; fuerza sacramental que transforma la vida del mundo. El Sacerdocio nos remite al servicio en beneficio de la comunidad, que alcanza su cumbre en la Eucaristía. El Amor Fraterno es el gran mandato. Porque lo central de este día es experimentar a Dios como amor, e imitarlo amando como Él ama.



Fr. Ángel Luis Fariña Pérez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: «El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer». Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo

Salmo 115, 12-13. 15-16. 17-18 R/. El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. R/. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. R/. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis «el Maestro» y «el Señor», y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Pautas para la homilía

El paso a la libertad

El relato del libro del Éxodo nos pone en situación en este día. Y es que en la primera lectura de este Jueves Santo se nos narra toda una *liturgia* a realizar como memorial de la salida de Egipto. Una comida familiar, unos alimentos concretos y unos gestos cargados de simbolismo nos presentan la espiritualidad de la pascua judía.

El relato nos muestra cómo se actualiza la liberación. Enmarcado dentro de un recuerdo exige compromiso y fe en Ese que libera, y rechazo a regresar a la seguridad que lleva al desprecio de la libertad. Una libertad que deja atrás la esclavitud y la muerte cuyo culmen -de la libertad- está en Jesucristo.

Eucaristía: horizonte histórico y futuro

La segunda lectura de este día nos expone la primera mención cronológica del Nuevo Testamento, sobre la tradición de la institución de la Eucaristía. Una tradición que nos remonta al propio Jesús. Y es que el Apóstol es el primero que pone por escrito el testimonio que nos remite a las palabras y gestos realizados por Jesús en la *Última Cena*.

El pan y el vino consagrados recuerdan y hacen presente de una forma actualizada, toda la vida de Jesús. Una vida entregada a los más pobres y necesitados; a los marginados y pecadores que termina con la muerte en el leño de la cruz y la resurrección. Pero también este acto litúrgico, tal como Pablo lo ha recibido y trasmite, es un compromiso de futuro en espera de la salvación total y definitiva, cuando Jesucristo vuelva.

Este relato de la carta a los Corintios es todo un canto a la Eucaristía. En la eucaristía participamos de la vida que ahora goza Jesús y que nosotros esperamos gozar un día. Ello nos mueve a buscar más de esa vida, a trabajar para conseguir la plenitud de lo que ahora tenemos limitadamente y en promesa. La eucaristía no apaga nuestra sed de Dios, sino que la enciende aún más. Cuanto más vemos de lo que esperamos, cuanto más conseguimos acercarnos, más crecen nuestras ganas y deseo de alcanzar la meta.

Nuestros sentidos y nuestra razón no logran comprender del todo este Misterio. Pero basta, para afirmar la presencia del resucitado en el pan y el vino, si hay un corazón sincero, la sola fe. Fe que es vida nueva, vida por el amor y en el amor.

Al servicio de los demás, sin condiciones

El Evangelio de la liturgia de hoy omite por completo la institución de la Eucaristía y pone el gesto del lavatorio de los pies. El autor de este texto nos quiere hacer ver que la pasión de Jesús no es otra cosa que un servicio de amor hasta el extremo: hasta el extremo de dar la vida por los demás.

El gesto de lavar los pies es desconcertante ya que pertenecía a los esclavos y, por ello, dentro del contexto en el que se encontraban Jesús y sus discípulos, se salía de toda lógica y sentido. Pero para nosotros es todo un gesto profético, que resume y anticipa todo lo que será la pasión de Jesús, y por esto es narrado de una forma solemne. Y es que en el lavatorio de los pies hay mucho más que un simple *ejemplo* de humildad. Estamos ante algo mucho más profundo porque, contemplar a todo un Dios arrodillado lavando los pies, nos indica un cambio de valores como nunca más ha ocurrido en la historia. Y es que el servicio desde la humildad, puede alcanzar lo divino.

El servicio es darse, en mayor o menor grado, pero darse. Es reconocer que las cualidades y dones que poseemos no son de forma exclusiva para nosotros, sino que también, por qué no decirlo así, les "pertenecen" a los demás. Servir es entrar en comunión dos seres imperfectos que, al darse y aceptarse, se componen y se enriquecen. Porque todos sin excepción tenemos algo que dar, y todos sin excepción podemos recibir algo de los otros.

El servicio que nos muestra Jesús lavando los pies es saber ceder privilegios cuya finalidad sea el lucro y renunciar a vidas exquisitas. Pero también nos muestra el saber aceptar las responsabilidades, hablar más de deberes que de derechos, trabajar con honradez y aportar a los demás algo nuestro aunque ello conlleve renuncias. El lavatorio de los pies nos enseña a no ser ambiciosos ni interesados y a no danzar en torno a las idolatrías actuales. Si asumimos el servicio desde una actitud desinteresada y sin condiciones, y nos ponemos a *lavar los pies*, estaremos dando la mayor bofetada que se puede dar a tantos esclavos del poder y la ambición. No olvidemos que Jesús también se arrodilló ante Judas, para lavarle los pies.

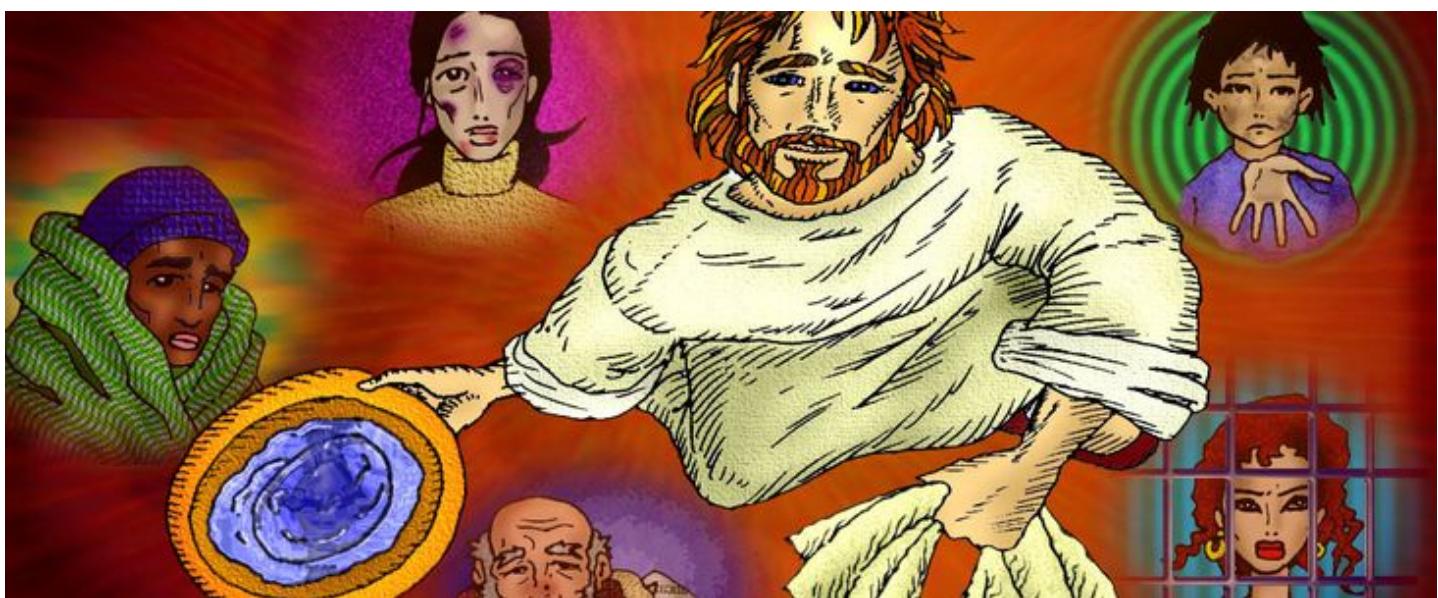
Toda la liturgia de este día, es más, todo lo que significa este día, nos debería llevar a contemplar que si Dios no puso condiciones a la hora de ponerse de rodillas ante el ser humano para lavarle los pies... ¿las vamos a poner nosotros?



Fr. Ángel Luis Fariña Pérez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

Jueves Santo - 29 de marzo de 2018



El lavatorio de los pies

Juan 13, 1-15

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando (ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara) y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoseles con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dijo: - Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? Jesús le replicó: - Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde. Pedro le dijo: - No me

lavarás los pies jamás. Jesús le contestó: Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: - Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: - Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estás limpios, aunque no todos. (Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: " No todos estáis limpios"). Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: - ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis

Explicación

Es un día estupendo para recordar con agradecimiento el gesto que Jesús realizó con sus amigos, durante la cena última que compartió con ellos. ¿Lo recordáis? Se puso una toalla a la cintura, cogió una palangana con agua y les lavó los pies uno a uno. Al terminar les comentó que lo que había hecho con ellos, debían hacerlo unos con otros, siendo siempre serviciales.

Vie

30 Mar

Homilía de Viernes Santo

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

"Está cumplido"

Introducción

Silencio. El Viernes Santo es día de silencio y espera. De sinsentidos aparentes, el de la muerte y el fracaso, el del dolor, el silencio de no saber y no ver, de no entender. Pero un silencio cargado de espera y de esperanza. Confiado, lleno de fe. De esa fe profunda y honda del ser humano, que sabe, que siente, que pre-siente, que es imposible que la vida humana, que la vida de Jesús, sea sólo eso, acabe así. Es imposible que el sinsentido termine venciendo, Dios es un Dios de vivos, no de muertos. Nos es humanamente inconcebible que todo acabe así... pero aun así, la evidencia del momento y del tiempo concreto tienen su peso y su dolor.

Es necesario vivir la muerte, el sufrimiento, en el misterio profundo de la experiencia de la Pascua, para que la vida se imponga, para que el amor se cumpla, para que la plenitud y la salvación lleguen. Sólo quien vive en fidelidad podrá sobreponerse a la muerte, sólo el que vive de fe y de esperanza alcanzará las promesas de vida, sólo quien entrega su vida por amor recuperará su vida, sólo tras pasar por el misterio de la Cruz, Dios devuelve la vida Jesús, y una vida inimaginable antes, la vida plena de la Resurrección. El amor ha de ser, por fuerza, mucho más fuerte que la muerte, pero hoy vemos y nos puede, en su inmensa densidad, el silencio y la muerte en cruz del Señor.



Fray Vicente Niño Ortí
Convento Santo Tomás de Aquino 'El Olivar' (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 13 — 53, 12

MIRAD, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?; ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atractivo, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

Salmo

Salmo 30, 2 y 6. 12-13. 15-16. 17 y 25 R/. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu

A ti, Señor, me acijo: no quede yo nunca defraudado; tú, que eres justo, ponme a salvo. A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás. R/. Soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos: me ven por la calle, y escapan de mí. Me han olvidado como a un muerto, me han desechado como a un cacharro inútil. R/. Pero yo confío en ti, Señor; te digo: «Tú eres mi Dios». En tu mano están mis azares: librame de los enemigos que me persiguen. R/. Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia. Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9

Hermanos: Ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno. Cristo, en efecto, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna.

Evangelio del día

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 18, 1 — 19, 42

Cronista: En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el que lo iba a entregar, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando una cohorte y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: + «¿A quién buscáis?». C. Le contestaron: S. «A Jesús, el Nazareno». C. Les dijo Jesús: + «Yo soy». C. Estaba también con ellos Judas, el que lo iba a entregar. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: + «¿A quién buscáis?». C. Ellos dijeron: S. «A Jesús, el Nazareno». C. Jesús contestó: + «Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos». C. Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste». Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: + «Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?». C. La cohorte, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; Caifás era el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo». Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada portera dijo entonces a Pedro: S. «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?». C. Él dijo: S. «No lo soy». C. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le contestó: + «Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído de qué les he hablado. Ellos saben lo que yo he dicho». C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: S. «¿Así contestas al sumo sacerdote?». C. Jesús respondió: + «Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?». C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote. C. Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron: S. «¿No eres tú también de sus discípulos?». C. Él lo negó, diciendo: S. «No lo soy». C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: S. «¿No te he visto yo en el huerto con él?». C. Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo. C. Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo: S. «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?». C. Le contestaron: S. «Si este no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos». C. Pilato les dijo: S. «Llevaoslo vosotros y juzgadlo según vuestra ley». C. Los judíos le dijeron: S. «No estamos autorizados para dar muerte a nadie». C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: S. «¿Eres tú el rey de los judíos?». C. Jesús le contestó: + «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?». C. Pilato replicó: S. «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?». C. Jesús le contestó: + «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí». C. Pilato le dijo: S. «Entonces, ¿tú eres rey?». C. Jesús le contestó: + «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». C. Pilato le dijo: S. «Y, ¿qué es la verdad?». C. Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: S. «Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». C. Volvieron a gritar: S. «A ese no, a Barrabás». C. El tal Barrabás era un bandido. C. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: S. «Salve, rey de los judíos!». C. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: S. «Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa». C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: S. «He aquí al hombre». C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: S. «Crucifícalo, crucifícalo!». C. Pilato les dijo: S. «Llevaoslo vosotros y crucifícadlo, porque yo no encuentro culpa en él». C. Los judíos le contestaron: S. «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha hecho Hijo de Dios». C. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más. Entró otra vez en el pretorio y dijo a Jesús: S. «¿De dónde eres tú?». C. Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: S. «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?». C. Jesús le contestó: + «No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor». C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: S. «Si sueltas a ese, no eres amigo del César. Todo el que se hace rey está contra el César». C. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo «Gábbata»). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: S. «He aquí a vuestro rey». C. Ellos gritaron: S. «¡Fuera, fuera; crucifícalo!». C. Pilato les dijo: S. «¿A vuestro rey voy a crucificar?». C. Contestaron los sumos sacerdotes: S. «No tenemos más rey que al César». C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. C. Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice «Gólgota»), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: S. «No escribas "El rey de los judíos", sino: "Este ha dicho: soy el rey de los judíos"». C. Pilato les contestó: S. «Lo escrito, escrito está». C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús,

cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: S. «No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca». C. Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados. C. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: + «Mujer, ahí tienes a tu hijo». C. Luego, dijo al discípulo: + «Ahí tienes a tu madre». C. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. C. Despues de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: + «Tengo sed». C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: + «Está cumplido». C. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu. [Todos se arrodillan, y se hace una pausa.] C. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron». C. Despues de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó tambien Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Pautas para la homilía

La liturgia de la celebración del día de hoy es una liturgia cargada de signos silenciosos que ponen el foco de atención en la experiencia de entrega de Jesús, en su muerte. La cruz, la muerte, es el misterio último de la vida de Jesús, como es el misterio último de la vida de cada ser humano.

La postración silenciosa con la que comienza la celebración, ante el altar desnudo; la procesión con la cruz, desnudándola, casi con el temor y el temblor de ver en ella la misma gloria de Dios, escándalo e incomprendión para tantos y tantos aún hoy; adorarla sin saber bien qué hacer, qué pensar ni qué decir, agarrándonos a la memoria de su vida y su mensaje de amor que llevó a Jesús hasta su terrible muerte; la elocuente lectura de la Pasión según san Juan, con el intenso drama que se presenta ante nuestros ojos; la oración del *Vía Crucis*, acompañando como las mujeres del grupo de Jesús, cada paso al Calvario; mirar al fin el cadáver colgado del madero, desfigurado, triturado, deshumanizado, consecuencia de su amor por la humanidad, incapaces de separar nuestros ojos de ese cuerpo muerto, sin entender, abrumados, superados por el silencio; depositarlo en una tumba, solo, acabado, fracasado, muerto... nos deja con el vacío del silencio y la incomprendión.

Pero tambien con el rechazo innato y profundo a que es imposible que todo acabe así, la esperanza contra toda esperanza, la fe de la fidelidad incomprendible, la convicción irracional de que el amor puede vencer cualquier muerte no deja de ser como un martilleo constante del alma y la mente: así no puede acabar todo.

La experiencia de quedar abandonados y huérfanos, la experiencia del dolor, del sinsentido, del fracaso, del sufrimiento, de la muerte acompañan en algún momento toda vida humana. La muerte es la única certeza que tenemos los seres humanos sobre nuestra vida. No sabemos al nacer qué seremos, qué haremos ni cómo será nuestro tiempo en este mundo...salvo que lo dejaremos. Nosotros y todos los que queremos y nos quieren.

No querer mirar esa única certeza es uno de los tabúes de nuestro mundo, que se empeña en engañarse imaginando su vida como un camino de alegrías perpetuas, sin querer ver esa sombra certa que sobrevuela siempre nuestra existencia. Y no solamente nuestra muerte física y última, sino cada una de esas muertes que aparecen en nuestra vida en forma de fracasos, de malas elecciones, de errores, de sufrimientos recibidos y provocados, de pecados cometidos, de heridas y traiciones dadas y recibidas. La muerte como realidad humana que nos acompaña a cada vuelta del camino de la vida.

¿Cómo convivir con esa realidad? Ignorarla, como por regla general hacemos, nos hace vivir menos, con menos realidad, con menos densidad, con menos intensidad. No se trata, tampoco caigamos en extremos, en vivir en un perpetuo *memento mori*, pero si se trata de no ignorar que el sufrimiento es parte de la vida humana. No se trata de buscar y perseguir el dolor, como quizás una falsa espiritualidad histórica propuso en algún momento, pero si se trata de que cuando llegue, y siempre llega, sepamos afrontarlo, sostenerlo, aceptarlo, acogerlo, integrarlo... para que sobre él, con él, crezcamos a más vida, a más humanidad, a más compasión. Solo muriendo, se puede resucitar.

Mirar la cruz del Señor hoy, asistir al drama de su muerte que nos narra la Pasión según san Juan, desde el prendimiento en el Huerto de los Olivos, donde le dejábamos ayer Jueves Santo con la celebración de la Hora Santa, hasta ser depositado un cadáver destrozado y torturado –como nos prefigura la primera lectura del libro de Isaías- en un sepulcro nuevo, no es simplemente contemplar una historia lejana en el tiempo, es atisbar en ese misterio insondable, algo en lo que de algún modo se pone en juego toda nuestra existencia.

Con Cristo estamos crucificados todos y cada uno de nosotros, en la Pasión de Jesús estamos todos, pero especialmente somos capaces de ver con Él a todos los torturados y muertos injustamente de la historia, los asesinados, los marginados, los que no cuentan, los que nos muestran el sinsentido de la injusticia y del mal en nuestro mundo, los que caen bajo el peso de las cruces innumerables de las ideologías o de las decisiones políticas, económicas y sociales, los arrrollados por las mareas de los intereses egoístas, de las cobardías en las decisiones, del mirar a otro lado, del anteponer el yo, del renunciar al amor.

Porque esa es la clave última que nos permite abordar ese misterio de silencio, dolor, sufrimiento y muerte de la Cruz de Jesús, el misterio del silencio, el dolor, el sufrimiento y la muerte de los condenados injustamente de la historia, el misterio del silencio, el dolor, el sufrimiento y la muerte cotidiana de cada uno de nosotros: que el amor es más fuerte que todo eso.

La entrega de la vida por amor que hace Jesús, sin saber, sin buscar recompensa ninguna, aceptándola y asumiéndola como consecuencia de una vida entregada, es una puerta abierta a cómo acoger nuestras propias muertes, en la confianza del amor, en la fe de que Dios no nos deja nunca, en la esperanza de tener más vida, aunque sólo nos sostenga en esa esperanza un crucificado, en la esperanza de que Dios nos ama mucho más de lo que merecemos, de que Él ama, aunque nosotros no sepamos amar.

La cruz, la entrega de Jesús hasta su muerte, es el silencioso grito de amor que lanza Dios a la humanidad, es la promesa de salvación que subyace a su muerte y que mañana con la Celebración de la Resurrección contemplaremos en todo su gozo y su gloria. El precio de la salvación, es asumir y aceptar la entrega y el dolor por amor, es acoger el inmenso don del amor de Dios.

Decir que en la cruz, en la muerte del Señor está nuestra salvación, es sumergirnos en el misterio de acoger las muertes y los sufrimientos como peldaños de nuestro crecimiento humano. La salvación -además de esa experiencia de encuentro último con la vida que no se agota nunca más allá de tiempo y la historia, tras la muerte y el final de cuanto existe, tras nuestra muerte en este mundo- tiene que ver también con nuestro tiempo en este mundo, y nos apunta a la dimensión de plenificarnos, de desarrollarnos en todas nuestras posibles capacidades, de ir transformándonos para ser quien Dios ha soñado que seamos, para tener vida de verdad y vida en abundancia, una vida de amor sobre todas las cosas, para eso vino Dios al mundo nos dice el evangelio de Juan.

La salvación como el proceso de crecimiento del ser humano, lleva siempre aparejado el diálogo con la muerte y el sufrimiento cotidiano. Qué hagamos con ese dolor, con la muerte, será la clave que nos permita resucitar, acoger la muerte como parte del proceso de la salvación, integrar la experiencia del dolor en nuestra vida, es lo que nos abre la puerta a una vida más vida, y eso solo es posible mirando al crucificado que entrega su vida por amor. Solo el amor de la entrega, da sentido al dolor, la muerte y la cruz.

Hoy Viernes Santo es día de silencio, de espera contra todo, de fe, de acoger el amor profundo de Dios por la humanidad, de asumir nuestras propias muertes, de empeñarnos en el amor, de recordar las promesas de vida del Dios de la vida, de recordarnos a nosotros mismo que la salvación, la liberación, viene de acoger el misterio de la entrega por amor, de aceptar el amor inmensamente regalado por Dios con la cruz y la muerte de Jesús.



Fray Vicente Niño Ortí
Convento Santo Tomás de Aquino 'El Olivar' (Madrid)

Evangelio para niños

Viernes Santo - 30 de marzo de 2018



Pasión de Ntro. Señor Jesucristo
Juan 18, 1-19,42

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

....Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado "de la Calavera" (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, una a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: "Jesús el Nazareno, el Rey de los Judíos". Leyeron el letrero mucho judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos le dijeron a Pilato: No escribas "El rey de los judíos", sino "Este ha dicho: Soy rey de los judíos". Pilato les contestó: - Lo escrito, escrito está. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: - No la rasguemos, sino echemos a suertes a ver a quién le toca. Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre María la de Cleofás y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: - Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: - Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa. Despues de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo: - Tengo sed. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: - Está cumplido. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.....

Explicación

Este día recordamos la muerte de Jesús, clavado en una cruz. Ocurrió hacia las tres de la tarde, a las afueras de Jerusalén. Le pusieron denuncias por decir que era Hijo de Dios y por proclamarse rey, y en el juicio le trajeron de blasfemo y oponente al emperador de Roma. Por eso le condenaron a morir. Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre, la hermana de su madre y María Magdalena.

Sáb

31 Mar

Homilía de Vigilia Pascual

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“No está aquí, ha resucitado”

Introducción

Las amigas de Jesús –María Magdalena, María la de Santiago y Salomé-, muy temprano, al salir el sol, fueron al sepulcro con aromas para embalsamar el cuerpo sin vida del Maestro. Al no encontrarlo, se asustaron. Pero, un joven vestido de blanco, un ángel, las tranquilizó diciéndoles “*¡ha resucitado!, ¡no está aquí!*”.

En la Vigilia pascual, los creyentes también buscamos a Jesús el nazareno, el Resucitado. Pero, no le buscamos a solas como tantas otras veces en la vida; esta vez, nuestra búsqueda es *comunitaria*, eclesial, en familia, tomados de la mano unos con otros. El clima de la celebración será *estar despiertos*, atentos, esperando la aparición del Resucitado; mientras tanto, *haremos memoria de la Palabra de Dios*, quien nos irá descubriendo las huellas de las pisadas del Señor en nuestra historia de salvación, una historia tejida de rebeldías y debilidades humanas, de cariños de Dios, y de muchos arrepentimientos del ser humano, regresando a Dios.

A lo largo de la celebración, bendeciremos el fuego nuevo; de él prenderemos el cirio pascual –la luz de Cristo- y nuestras candelas; la luz vencerá a las tinieblas, presagio de que el Resucitado - luz del mundo- someterá a la muerte. Después de escuchar el anuncio solemne de la fiesta de Pascua, escucharemos a los profetas que anunciarán la resurrección del Señor.

En esta serena vigilia, que evoca tantos recuerdos de gracia y de compasión divinos, renovaremos nuestro bautismo, en el que morimos y resucitamos con Cristo y celebraremos la Eucaristía. Y nos reconoceremos unos a otros *hombres y mujeres nuevos* porque el Espíritu que resucitó a Jesús también nos habrá resucitado a nosotros.



Fr. Luis Carlos Bernal Llorente O.P.

Casa de la Santísima Trinidad (Montevideo-Uruguay)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 1, 1 - 2, 2

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: «*Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra*». Y dijo Dios: «*Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la superficie de la tierra y todos los árboles frutales que engendran semilla: os servirán de alimento. Y la hierba verde servirá de alimento a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra y a todo ser que respira*». Y así fue. Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno. SALMO: R/. Envía tu espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra. Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres! Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. R/. Asentaste la tierra sobre sus cimientos, y no vacilará jamás; la cubriste con el manto del océano, y las aguas se posaron sobre las montañas. R/. De los manantiales sacas los ríos, para que fluyan entre los montes; junto a ellos habitan las aves del cielo, y entre las frondas se oye su canto. R/. Desde tu morada riegas los montes, y la tierra se sacia de tu acción fecunda; haces brotar hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre. Él saca pan de los campos. R/. Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas. ¡Bendice, alma mía, al Señor! R/.

Salmo

Lectura del libro del Génesis 22, 1-18

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: «¡Abrahán!». El respondió: «Aquí estoy». Dios dijo: «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré». Abrahán madrugó, aparejó el asno y se llevó consigo a dos criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el holocausto y se encaminó al lugar que le había indicado Dios. Al tercer día levantó Abrahán los ojos y dividió el sitio desde lejos. Abrahán dijo a sus criados: «Quedaos aquí con el asno; yo con el muchacho iré hasta allá para adorar, y después volveremos con vosotros». Abrahán

tomó la leña para el holocausto, se la cargó a su hijo Isaac, y él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos. Isaac dijo a Abraham, su padre: «Padre». Él respondió: «Aquí estoy, hijo mío». El muchacho dijo: «Tenemos fuego y leña, pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?». Abraham contestó: «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío». Y siguieron caminando juntos. Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abraham levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abraham alargó la mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abraham, Abraham!». Él contestó: «Aquí estoy». El ángel le ordenó: «No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo». Abraham levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Abraham llamó aquel sitio «El Señor ve», por lo que se dice aún hoy «En el monte el Señor es visto». El ángel del Señor llamó a Abraham por segunda vez desde el cielo y le dijo: «Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de sus enemigos. Todas las naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia, porque has escuchado mi voz». SALMO R/. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. R/. Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás en la región de los muertos ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R/. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha. R/.

Segunda lectura

Lectura del libro del Éxodo 14, 15 - 15, 1

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídello, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar, por lo seco. Yo haré que los egipcios se obstinen y entren detrás de vosotros, y me cubriré de gloria a costa del faraón y de todo su ejército, de sus carros y de sus jinetes. Así sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando me haya cubierto de gloria a costa del faraón, de sus carros y de sus jinetes». Se puso en marcha el ángel del Señor, que iba al frente del ejército de Israel, y pasó a retaguardia. También la columna de nube, que iba delante de ellos, se desplazó y se colocó detrás, poniéndose entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel. La nube era tenebrosa y transcurrió toda la noche sin que los ejércitos pudieran aproximarse el uno al otro. Moisés extendió su mano sobre el mar y el Señor hizo retirarse el mar con un fuerte viento del este que sopló toda la noche; el mar se secó y se dividieron las aguas. Los hijos de Israel entraron en medio del mar, en lo seco, y las aguas les hacían de muralla a derecha e izquierda. Los egipcios los persiguieron y entraron tras ellos, en medio del mar: todos los caballos del faraón, sus carros y sus jinetes. Era ya la vigilia matutina cuando el Señor miró desde la columna de fuego y humo hacia el ejército de los egipcios y sembró el pánico en el ejército egipcio. Trabó las ruedas de sus carros, haciéndolos avanzar pesadamente. Los egipcios dijeron: «Huyamos ante Israel, porque el Señor lucha por él contra Egipto». Luego dijo el Señor a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, y vuelvan las aguas sobre los egipcios, sus carros y sus jinetes». Moisés extendió su mano sobre el mar; y al despuntar el día el mar recobró su estado natural, de modo que los egipcios, en su huida, toparon con las aguas. Así precipitó el Señor a los egipcios en medio del mar. Las aguas volvieron y cubrieron los carros, los jinetes y todo el ejército del faraón, que había entrado en el mar. Ni uno solo se salvó. Mas los hijos de Israel pasaron en seco por medio del mar, mientras las aguas hacían de muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó el Señor a Israel del poder de Egipto, e Israel vio a los egipcios muertos, en la orilla del mar. Vio, pues, Israel la mano potente que el Señor había desplegado contra los egipcios, y temió el pueblo al Señor, y creyó en el Señor y en Moisés, su siervo. Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este canto al Señor: SALMO R/. Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria. Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar. Mi fuerza y mi poder es el Señor, El fue mi salvación. Él es mi Dios: yo lo alabaré; el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré. R/. El Señor es un guerrero, su nombre es «El Señor». Los carros del faraón los lanzó al mar, ahogó en el mar Rojo a sus mejores capitanes. R/. Las olas los cubrieron, bajaron hasta el fondo como piedras. Tu diestra, Señor, es magnífica en poder, tu diestra, Señor, tritura al enemigo. R/. Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad, lugar del que hiciste tu trono, Señor; santuario, Señor, que fundaron tus manos. El Señor reina por siempre jamás. R/.

Tercera lectura

Lectura del libro de Isaías 54, 5-14

Quien te desposa es tu Hacedor: su nombre es Señor todopoderoso. Tu libertador es el Santo de Israel: se llama «Dios de toda la tierra». Como a mujer abandonada y abatida te llama el Señor; como a esposa de juventud, repudiada —dice tu Dios—. Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te reuniré. En un arrebato de ira, por un instante te escondí mi rostro, pero con amor eterno te quiero —dice el Señor, tu libertador—. Me sucede como en los días de Noé: juré que las aguas de Noé no volverían a cubrir la tierra; así juro no irritarme contra ti ni amenazarte. Aunque los montes cambiasen y vacilaran las colinas, no cambiaría mi amor, ni vacilaría mi alianza de paz —dice el Señor que te quiere—. ¡Ciudad afligida, azotada por el viento, a quien nadie consuela! Mira, yo mismo asiento tus piedras sobre azabaches, tus cimientos sobre zafiros; haré tus almenas de rubí, tus puertas de esmeralda, y de piedras preciosas tus bastiones. Tus hijos serán discípulos del Señor, gozarán de gran prosperidad tus constructores. Tendrás tu fundamento en la justicia: lejos de la opresión, no tendrás que temer; lejos del terror, que no se acercará. SALMO R/. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, y me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. R/. Tañed para el Señor, fieles tuyos, celebra el recuerdo de su nombre santo; su cólera dura un instante; su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo. R/. Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme. Cambiaste mi luto en danzas. Señor Dios mío, te daré gracias por siempre. R/.

Cuarta lectura

Lectura del libro de Isaías 55, 1-11

Esto dice el Señor: «Sedientos todos, acudid por agua; venid, también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche. ¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclinad vuestro oído, venid a mí: escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros una alianza perpetua, las misericordias firmes hechas a David: lo hice mi testigo para los pueblos, guía y soberano de naciones. Tú llamarás a un pueblo desconocido, un pueblo que no te conocía correrá hacia ti; porque el Señor tu Dios, el Santo de Israel te glorifica. Buscad al Señor mientras se deja encontrar, invocadlo mientras está cerca. Que el malvado abandone su camino, y el malhechor sus planes; que se convierta al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón. Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos —oráculo del Señor—. Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y mis planes de vuestros planes. Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla

al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo». SALMO R/. Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación. «Él es mi Dios y Salvador: confiaré y no temeré, porque mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación». Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación. R/. «Dad gracias al Señor, invocad su nombre, contad a los pueblos sus hazañas, proclamad que su nombre es exelso». R/. Tañed para el Señor, que hizo proezas, anunciad las a toda la tierra; gritad jubilosos, habitantes de Sion, porque es grande en medio de ti el Santo de Israel. R/.

Quinta lectura

Lectura del libro de Baruc 3, 9-15. 32 - 4, 4

Escucha, Israel, mandatos de vida; presta oído y aprende prudencia. ¿Cuál es la razón, Israel, de que sigas en país enemigo, envejeciendo en tierra extranjera; de que te crean un ser contaminado, un muerto habitante del Abismo? ¡Abandonaste la fuente de la sabiduría! Si hubieras seguido el camino de Dios, habitarías en paz para siempre. Aprende dónde está la prudencia, dónde el valor y la inteligencia, dónde una larga vida, la luz de los ojos y la paz. ¿Quién encontró su lugar o tuvo acceso a sus tesoros? El que todo lo sabe la conoce, la ha examinado y la penetra; el que creó la tierra para siempre y la llenó de animales cuadrúpedos; el que envía la luz y le obedece, la llama y acude temblorosa; a los astros que velan gozosos arriba en sus puestos de guardia, los llama, y responden: «Presentes», y brillan gozosos para su Creador. Este es nuestro Dios, y no hay quien se le pueda comparar; rastreó el camino de la inteligencia y se lo enseñó a su hijo, Jacob, se lo mostró a su amado, Israel. Despues apareció en el mundo y vivió en medio de los hombres. Es el libro de los mandatos de Dios, la ley de validez eterna: los que la guarden vivirán; los que la abandonen morirán. Vuélvete, Jacob, a recibirla, camina al resplandor de su luz; no entregues a otros tu gloria, ni tu dignidad a un pueblo extranjero. ¡Dichosos nosotros, Israel, que conocemos lo que agrada al Señor! SALMO R/. Señor, tú tienes palabras de vida eterna. La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye a los ignorantes. R/. Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es limpida y da luz a los ojos. R/. El temor del Señor es puro y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y eternamente justos. R/. Más preciosos que el oro, más que el oro fino; más dulces que la miel de un panal que destila. R/.

Sexta lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 36, 16-28

Me vino esta palabra del Señor: «Hijo de hombre, la casa de Israel profanó con su conducta y sus acciones la tierra en que habitaba. Me enfurecí contra ellos, por la sangre que habían derramado en el país, y por haberlo profanado con sus ídolos. Los dispersé por las naciones, y anduvieron dispersos por diversos países. Los he juzgado según su conducta y sus acciones. Al llegar a las diversas naciones, profanaron mi santo nombre, ya que de ellos se decía: "Estos son el pueblo del Señor y han debido abandonar su tierra". Así que tuve que defender mi santo nombre, profanado por la casa de Israel entre las naciones adonde había ido. Por eso, di a la casa de Israel: "Esto dice el Señor Dios: No hago esto por vosotros, casa de Israel, sino por mi santo nombre, profanado por vosotros en las naciones a las que fuisteis. Manifestaré la santidad de mi gran nombre, profanado entre los gentiles, porque vosotros lo habéis profanado en medio de ellos. Reconocerán las naciones que yo soy el Señor —oráculo del Señor Dios—, cuando por medio de vosotros les haga ver mi santidad. Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios"». SALMO R/. Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entrará a ver el rostro de Dios? R/. Cómo entraba en el recinto santo, cómo avanzaba hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza, en el bullicio de la fiesta. R/. Envía tu luz y tu verdad: que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada. R/. Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría; y te daré gracias al son de la cítara, Dios, Dios mío. R/.

Séptima lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 6, 3-11

Hermanos: Cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y, de este modo, nosotros dejáramos de servir al pecado; porque quien muere ha quedado libre del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. SALMO R/. Aleluya, aleluya. aleluya. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. R/. «La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es exelsa». No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 16, 1-7

Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: — «¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?» Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo: — «No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dije.»

Pautas para la homilía

Durante la larga vigilia, el Espíritu de Jesús –su gran testigo- habrá moldeado nuestro corazón como el alfarero la arcilla y habrá limpiado nuestros ojos para que logremos reconocer al Resucitado en medio de la comunidad.

Al igual que los dos discípulos desalentados que huían de Jerusalén a Emaús, también nosotros compartiremos unos con otros nuestra profunda convicción personal: “¿No sentíamos arder nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba la Escritura?” Y nuestros ojos le reconocerán “al partir el pan”, en la Eucaristía, en la fracción del pan (Lc 24, 32-35). Tendremos un corazón y una mirada nuevos. Como los discípulos de Emaús, nos diremos convencidos unos a otros que “realmente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”. Y regresaremos de nuevo a la comunidad para esperar al Espíritu.

La celebración de la Eucaristía de la noche de Pascua es una oportunidad para que la comunidad cristiana, dotada de una *mirada nueva y con sus ojos bien abiertos*, sea capaz de descubrir a través de lo visible lo divino invisible que –a juicio del zorro de *El Principito*- es *lo esencial*. “Lo esencia –decía él- es invisible a los ojos”.

El *sepulcro vacío* no es el lugar donde reposa la muerte definitiva sino un lugar de conquista, donde, al tercer día, la vida ha surgido airosa, y ha vencido a la muerte. Juan, el amigo de Jesús, nos confiesa que él “vio el sepulcro vacío y creyó” (Jn 20, 8).

En esta noche celebramos el fracaso definitivo de la muerte porque “sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él”. Es verdad que las cruces y las muertes entristecen y afean el paisaje de nuestro mundo, tanto que, a menudo, nos hace dudar del fracaso de la muerte: pienso en los emigrantes que naufragan de sus sueños de libertad, a pesar de luchar y esperar y que, sin embargo, mueren en su angustia; pienso en las mujeres maltratadas; en los barrios marginados que la sociedad oculta porque avergüenzan, claman justicia y están de luto... y tantas otras muertes.

No obstante, los creyentes en el Resucitado confesamos esta noche: “la muerte ha sido vencida definitivamente. ¿Dónde, oh muerte, está tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu agujón?” (I Cor 15, 54).

La comunidad cristiana está de fiesta esta noche, porque en el bautismo que ha renovado “nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte [...], fuimos sepultados con él en la muerte [...] para que así nosotros andemos en una vida nueva”. La comunidad es consciente de que ha resucitado con Cristo y que “nuestra vieja condición ha sido crucificada por Cristo [...] Por tanto, -Pablo asegura a los cristianos de Roma, en la epístola- si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él”.

Celebramos, pues, la resurrección de la comunidad, su liberación pascual, su vida nueva. La Eucaristía de esta noche es un *sí a la Vida*, porque eso es fiesta.

El *envío* del Resucitado es – nos dijeron las amigas de Jesús- que *vayamos a Galilea*, para ser sus testigos. Galilea es la ciudad con todo su trajín.

La celebración de la Vigilia pascual nos ha revelado el contenido, el *por qué* de nuestro saludo pascual, su sentido. ¡Que lo hagamos creíble, patente, a quienes saludemos en estos días de pascua!



Fr. Luis Carlos Bernal Llorente O.P.
Casa de la Santísima Trinidad (Montevideo-Uruguay)

Evangelio para niños

Vigilia Pascual - 31 de marzo de 2018



El sepulcro vacío

Marcos 16, 1-8

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo María la Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: - ¿Quién nos correrá la piedra a la entrada del sepulcro? Al mirar vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. El les dijo: -No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: El va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dije. Salieron corriendo del sepulcro, temblando de espanto. Y no dijeron nada a nadie del miedo que tenían.

Explicación

El domingo, al amanecer, unas mujeres fueron al sepulcro donde habían puesto a Jesús. Al llegar vieron que la piedra que tapaba la entrada estaba movida y el cuerpo de Jesús había desaparecido. Un ángel les dijo que había resucitado y que fueran a decírselo a los discípulos, pero ellas asustadas salieron corriendo y no se lo dijeron a nadie.

Dom

1 Abr

Homilía de Domingo de Resurrección

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“Sea nuestra alegría y nuestro gozo”

Introducción

En este día feliz de la Pascua, los cristianos estamos de fiesta porque –como afirmaba Odo Casel, liturgista alemán –“la Pascua es la fiesta de las fiestas, la fiesta más grande”. La resurrección del Señor ocurre en “la hora” esperada, temida y ansiada por Jesús, es el acontecimiento liberador, cuando el grano de trigo evangélico, renacido de la muerte y sepultura, da fruto abundante y se convierte en el pan vivo de la comunidad. Toda la vida de Jesús –tejida de gestos salvadores- culmina plenamente en esta “hora” decisiva. Por eso, estamos de fiesta. Y sólo por eso nos felicitamos la Pascua.

Pero, en este día de fiesta, sabemos de parientes, amigos y vecinos, de compañeros y compañeras de trabajo, que no vendrán al “banquete de los muchos invitados” (Lc 14, 15-24) para celebrar la Vida; cuyo saludo pascual será más rutinario y fingido que una expresión sentida, nacida de una personal convicción de fe. Tal vez, algunos de ellos o ellas nos digan, desconsolados “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”.

Será un buen gesto pascual que, con temple de testigo del Resucitado, la comunidad que celebra la pascua “salga a las plazas y a las calles de la ciudad” (Lc 14, 21) para invitar a todos al banquete pascual del Reino.



Fr. Luis Carlos Bernal Llorente O.P.

Casa de la Santísima Trinidad (Montevideo-Uruguay)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 10, 34a. 37-43

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: «Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A este lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados».

Salmo

Salmo 117, 1-2. 16-17. 22-23 R/. Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. R/. «La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa». No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses 3, 1-4

Hermanos: Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con él.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 1-9

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Pautas para la homilía

María Magdalena, la amiga de Jesús, se llevó una amarga sorpresa. Cuando de madrugada, todavía estaba oscuro, fue al sepulcro de Jesús, vio abierta la puerta del sepulcro, que estaba vacío. De vuelta a casa, así se lo dijo a Pedro y a Juan: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto". Los tres corrieron hacia el sepulcro para verificar el hecho.

Efectivamente, el cuerpo del Señor no estaba; era un sepulcro vacío. ¿Lo habrán robado? ¿Qué ha pasado? El mismo Juan atestigua que "él vio y creyó", y aclara "todavía no habían comprendido que, según la escritura, Él debía resucitar de entre los muertos".

Muchas gentes sufren hoy la aflicción de María porque no estaba el Señor y por no saber dónde lo habían puesto para abrazarle de nuevo, aunque estuviera muerto. Sólo el discípulo querido de Jesús "vio y creyó" que había resucitado. A los discípulos les llevó tiempo reconocer al Señor resucitado. Jesús, a menudo, les reprendió su incredulidad.

Esta es hoy la situación:

- Gentes convencidas de que "Dios ha muerto" y nada les preocupa dónde esté su sepulcro.
- Otras que por el contrario, -al hilo de la reflexión de Unamuno acerca del sepulcro de Don Quijote, el Caballero de la Locura - tratan con muchas y estudiadas razones la guardia y custodia del sepulcro. Lo guardan –dice D. Miguel- para que el caballero no resucite. Lo prefieren muerto.
- Muchos hombres y mujeres que, como los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35), se sienten frustrados y desilusionados por la aparente debilidad y ausencia de Dios, pero finalmente, pasado el rato, le reconocen en su corazón y en la fracción del pan.
- Algunos, en su débil confianza, necesitan, como Tomás, meter sus dedos en las llagas del Resucitado. Pero, a la postre, sin tocarle siquiera, sólo al verle, exclaman: "Señor mío y Dios mío".
- Otros muchos, multitudes, –hombres y mujeres- son felices porque han creído en él sin haberle visto.

¿Qué hacer para reconocer al Resucitado y ser sus testigos?

- Escuchar, en clima de silencio y de sencilla plegaria, como María Magdalena, que el Señor nos llame por nuestro propio nombre, identificándonos como amigos (Jn 20, 11-18).
- Escuchar –como hicimos anoche en la Vigilia- los anuncios de los profetas que nos hablan del Mesías que vendrá, de su muerte y resurrección. Esta fue la pedagogía de Jesús con sus discípulos.
- Reconocerlo con el talante de "la gente sencilla" y no con el temple de "los sabios y entendidos" porque es a ella a quien el Padre se da a conocer (Lc 10, 21-24). Los sencillos, los pequeños, son quienes mejor nos hablan del Resucitado.
- Fiarnos de quienes han visto al Resucitado y han comido y bebido con él sin desconfiar de ellos (Lc 24, 22-24) y menos aún de la comunidad como Tomás (Jn 20, 24-25).

Que al felicitar la Pascua en este domingo lo hagamos con la convicción y persuasión del testigo del Resucitado.



Fr. Luis Carlos Bernal Llorente O.P.
Casa de la Santísima Trinidad (Montevideo-Uruguay)

Evangelio para niños

Domingo de Resurrección - 1 de abril de 2018



El sepulcro vacío

Marcos 16, 1-8

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo María la Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: - ¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro? Al mirar vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. El les dijo: - No os asusteís. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. HA RESUCITADO. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: El va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dije. Salieron corriendo del sepulcro, temblando de espanto. Y no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían-

Explicación

El domingo, al amanecer, unas mujeres fueron al sepulcro donde habían puesto a Jesús. Al llegar vieron que la piedra que tapaba la entrada estaba movida y el cuerpo de Jesús había desaparecido. Asustadas fueron corriendo a decírselo a Pedro y Juan. Cuando ellos llegaron y vieron, recordaron que Jesús les había dicho que resucitaría. Y creyeron a Jesús